

LA AMENAZA DEL CAPITALISMO

George Soros

Título original: "The Capitalistic Threat" Publicado en The Atlantic Monthly (Febrero 1997)

¿Qué clase de sociedad queremos?

«Dejemos que el mercado libre decida».

Es la respuesta que se escucha frecuentemente.

Esta respuesta sin embargo, arguye un prominente capitalista, mina los mismos valores de los que depende una sociedad abierta y democrática.

En su Filosofía de la Historia, Hegel describió una perturbadora constante histórica, el quiebre y la caída de las civilizaciones, debido a una morbosa intensificación de sus propios principios fundamentales. A pesar de que he hecho una fortuna en los mercados financieros, temo ahora que la irrestricta intensificación del capitalismo estilo "laissez-faire" y la ampliación de los valores del mercado a todas las áreas de la vida, está poniendo en peligro a nuestra sociedad abierta y democrática. El mayor enemigo de la sociedad abierta no es más la amenaza comunista, sino la capitalista.

La expresión "sociedad abierta" fue acuñada por Henri Bergson en su libro *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (1932) y le fue dada una circulación más amplia gracias al filósofo austriaco Karl Popper, en su libro *La Sociedad Abierta y sus Enemigos* (1945). Popper mostró que las ideologías totalitarias como el comunismo y el nazismo, tienen un elemento en común: ambas aseguran estar en posesión de la verdad última.

Como las verdades últimas están fuera del alcance de la humanidad, estas ideologías tienen que recurrir a la opresión, para imponer su visión de la sociedad. Popper contrapuso a estas ideologías otra visión de la sociedad, que reconoce que nadie tiene un monopolio de la verdad, personas distintas tienen opiniones diferentes e intereses diferentes, y son necesarias instituciones que les permitan convivir en paz. Estas instituciones protegen los derechos de los ciudadanos y aseguran la libertad de elegir y la libertad de expresión.

Popper llamó a esta forma de organización social, la "sociedad abierta". Las ideologías totalita-

rias eran sus enemigas. En *La Sociedad Abierta y Sus Enemigos*, escrita durante la Segunda Guerra Mundial, explicó qué defendían y por qué peleaban las democracias occidentales. La explicación era altamente abstracta y filosófica y el término "sociedad abierta" nunca obtuvo amplia aceptación. No obstante ello, el análisis de Popper era penetrante y cuando lo leí por primera vez, siendo estudiante a finales de los años 40, y habiendo experimentado personalmente los regímenes nazis y comunistas en Hungría, me impactó con la fuerza de una revelación.

Me sentí inclinado a indagar más en la filosofía de Popper y a preguntar ¿Por qué nadie tiene acceso a la verdad última? La respuesta resultó clara: vivimos en el mismo universo que estamos tratando de entender y nuestras percepciones pueden influir en los hechos de los cuales tomamos parte. Si nuestros pensamientos pertenecieran a un universo y su objeto a otro, la verdad podría estar a nuestro alcance, podríamos formular juicios de acuerdo a los hechos y los hechos servirían como criterio confiable para decidir si los juicios son verdaderos.

Hay un ámbito en el cual estas condiciones prevalecen: las ciencias naturales. Pero en otras áreas de la actividad humana, la relación entre los juicios y los hechos no es tan clara. En los asuntos políticos y sociales, las percepciones de los participantes contribuyen a determinar la realidad. En estas situaciones, los hechos no necesariamente constituyen un criterio confiable para juzgar al verdad de los juicios. Hay una conexión de ida y vuelta, -un mecanismo de retroalimentación- entre el pensamiento y los eventos, que he llamado "reflexividad".

La he utilizado para desarrollar una teoría de la historia.

Sea la teoría válida o no, lo cierto es que me ha resultado muy útil en los mercados financieros. Cuando había hecho más dinero del que necesitaba, decidí organizar una fundación. Pensé en qué era lo que realmente me importaba. Habiendo pasado por la persecución nazi y la opresión comunista, llegué a la conclusión que lo que era más importante para mí, era una sociedad abierta. Por eso llamé a la fundación el Fondo para una Sociedad Abierta y definí sus objetivos como lograr la apertura de las sociedades cerradas, hacer más viables a las sociedades abiertas y promover una forma crítica de pensamiento.

Eso fue en 1979. El primer gran emprendimiento fue en Sudáfrica, pero no fue exitoso. El sistema de apartheid estaba implantado tan extensamente, que cualquier cosa que intentaba hacer me hacía parte del sistema en lugar de ayudar a cambiarlo. Después dediqué mi atención a Europa Central. Aquí fui mucho más exitoso. Empecé apoyando en Checoslovaquia el movimiento por el Capítulo 77 en 1980 y a Solidaridad en Polonia, en 1981. Establecí fundaciones separadas en Hungría, mi país natal, en 1984, en China en 1986, en la Unión Soviética en 1987 y en Polonia en 1988. Me involucré más rápidamente aún luego de la caída del sistema soviético. Al momento he establecido una red de fundaciones, que se extiende a través de más de 25 países (sin incluir China, que cerramos en 1989).

Operando bajo regímenes comunistas, nunca sentí la necesidad de explicar qué significaba una sociedad abierta; aquellos que apoyaban los objetivos de las fundaciones los entendían mejor que yo, a pesar de que no estuvieran familiarizados con la expresión. La meta de mi fundación en Hungría, por ejemplo, era apoyar actividades alternativas. Sabía que el dogma comunista imperante era falso, precisamente porque era un dogma y que se convertiría en insostenible si se lo confrontaba con alternativas. El enfoque demostró ser efectivo. La fundación se convirtió en la principal fuente de apoyo de la sociedad civil en Hungría, y a medida que la sociedad civil florecía, el régimen comunista desaparecía.

Después de la caída del comunismo, la misión de la red de fundaciones cambió. Reconociendo que la sociedad abierta es una forma más avanzada y más sofisticada de organización social que la so-

iedad cerrada (porque en una sociedad cerrada hay un sólo criterio, que es impuesto a la sociedad, mientras en una sociedad abierta a cada ciudadano no sólo se le permite sino que se le exige pensar por sí mismo) las fundaciones pasaron de una tarea subversiva a una constructiva - una tarea que es no es fácil de realizar cuando los simpatizantes de la sociedad abierta están acostumbrados a la actividad subversiva.

La mayor parte de mis fundaciones hicieron un buen trabajo, pero lamentablemente no tuvieron mucha compañía. Las sociedades abiertas occidentales no sintieron una fuerte necesidad de promover la creación de sociedades abiertas en el ex Imperio Soviético.

Por el contrario, la opinión predominante era que había que dejar que cada pueblo se ocupara de sus propios asuntos. El fin de la Guerra Fría trajo una respuesta muy distinta a la del final de la Segunda Guerra Mundial. La idea de un nuevo Plan Marshall no podía ni siquiera ser puesta a discusión.. Cuando propuse una idea así en una conferencia en Potsdam (en lo que todavía era Alemania Oriental), en la primavera de 1989, literalmente se rieron de mí.

El colapso del comunismo echó las bases para una sociedad abierta universal, pero las democracias occidentales no estuvieron a la altura de las circunstancias. Los nuevos regímenes que están surgiendo en la ex Unión Soviética y en la ex Yugoslavia, tienen poca semejanza con una sociedad abierta. La Alianza Occidental parece haber perdido su sentido y su objeto, porque no puede definirse más a sí misma con referencia a la amenaza comunista. Ha mostrado escasa inclinación de acudir en ayuda de aquellos que han defendido la idea de una sociedad abierta, en Bosnia o en cualquier otro lado. En cuanto a la gente que vive en los ex países comunistas, puede ser que hayan aspirado a una sociedad abierta cuando vivían bajo la represión, pero ahora que el sistema comunista cayó, están preocupados con los problemas de la supervivencia.. Después de la caída del comunismo, sobrevino una desilusión generalizada con los conceptos universales; y la sociedad abierta es un concepto universal.

Estas consideraciones me obligaron a reexaminar mi creencia en la sociedad abierta. Por 5 o 6 años, a partir de la caída del Muro de Berlín, he dedicado prácticamente todas mis energías a la transformación del ex mundo comunista. Más re-

cientemente, he redirigido mi atención a nuestra propia sociedad. La red de fundaciones que he creado continúa haciendo buenos trabajos, a pesar de ello siento la urgente necesidad de reconsiderar el marco conceptual que me llevó a establecerlas. Esta reconsideración me llevó a la conclusión que el concepto de sociedad abierta no ha perdido su relevancia. Por el contrario, puede ser todavía más útil para entender este momento de la historia, y para proveer de una guía práctica para la acción política, de lo que fue en el momento en que Karl Popper escribió su libro -pero necesita ser minuciosamente repensada y reformulada-.

Si la sociedad libre va a servir como un ideal por el que vale la pena esforzarse, no puede ser más definida en términos de la amenaza comunista. Se le debe dar un contenido positivo.

El nuevo enemigo

Popper demostró que el comunismo y el nazismo tenían mucho en común, a pesar de que uno constituye la izquierda extrema y el otro la derecha extrema, porque ambos confiaron en el poder estatal para reprimir la libertad de los individuos. Quiero extender su argumento. Considero que una sociedad abierta también puede ser atacada desde la dirección opuesta -desde el excesivo individualismo-. Demasiada competencia y demasiada poca cooperación pueden causar desigualdades intolerables e inestabilidad.

Hasta ahora, si hay una creencia dominante en nuestra sociedad actual, es la fe en la magia del mercado. La doctrina del capitalismo estilo *laissez faire* sostiene que el bien común es mejor alcanzado por la busca sin trabas de los intereses personales. A menos que sea contenida por el reconocimiento de la existencia de un interés común que debe tener precedencia sobre los intereses particulares, nuestro sistema actual -que a pesar de sus imperfecciones puede considerarse una sociedad abierta- está expuesto al colapso.

Quiero enfatizar, sin embargo, que no estoy poniendo al capitalismo estilo *laissez faire* a la misma altura que el nazismo y el comunismo. Las ideologías totalitarias buscan deliberadamente la destrucción de la sociedad abierta; las políticas de *laissez faire* pueden ponerla en peligro, pero sólo inadvertidamente. Friedrich Hayek, uno de los apóstoles del *laissez faire*, fue también un apasionado defen-

sor de las sociedades abiertas. A pesar de ello, y porque el comunismo y el socialismo han sido total y completamente desacreditados, considero que hoy la amenaza desde el *laissez faire* es más potente que la amenaza desde las ideologías totalitarias. Estamos disfrutando de una verdadera economía de mercado global en donde los bienes, los servicios, el capital y hasta la gente, se pueden mover bastante libremente, pero fracasamos en reconocer la necesidad de sostener los valores y las instituciones de la sociedad abierta.

La situación actual es comparable a la de fines del siglo pasado. Fue la época dorada del capitalismo, caracterizada por el principio de *laissez faire*, como lo es la actual. El período anterior era, en cierta forma, más estable. Existía un poder imperial, Inglaterra, dispuesto a enviar barcos de guerra aún a los lugares más alejados, porque como uno de principales beneficiados del sistema, tenía intereses creados para mantenerlo. Hoy, los Estados Unidos no quieren ser el policía del mundo. El período anterior contaba con el patrón oro, actualmente las principales monedas flotan y chocan unas contra otras como las placas continentales. A pesar de esto el régimen de mercado libre que prevalecía hace 100 años, fue destruido por la Primera Guerra Mundial. Aparecieron en el escenario las ideologías totalitarias, y para el final de la Segunda Guerra Mundial, no había prácticamente movimientos de capital entre los distintos países. Cuánto más probable es que el régimen actual sea destruido si no aprendemos de la experiencia.

A pesar de que el *laissez faire* no contradice los principios de la sociedad abierta, de la manera en que lo hicieron el marxismo-leninismo o las ideas nazis de pureza racial, todas estas doctrinas tienen un importante elemento en común: tratan de justificar su pretensión de poseer la verdad última, con una apelación a la ciencia. En el caso de las ideologías totalitarias, esta pretensión puede ser fácilmente desechada. Uno de los logros de Popper fue mostrar que una teoría como el Marxismo no puede ser considerada como ciencia. La pretensión del *laissez faire* es más difícil de rechazar, porque está basada en la teoría económica, y la economía es, de entre las ciencias sociales, la que merece más respeto. Uno no puede simplemente equiparar la economía de mercado con la economía marxista. Sin embargo, sostengo que la ideología del *laissez faire* es una perversión de verdades supuestamente científicas.

cas, tanto como lo es el marxismo.

El principal cimiento científico de la ideología del *laissez faire*, es la teoría de que los mercados libres y competitivos llevan al equilibrio de la oferta y la demanda, asegurando así la mejor asignación de recursos. Esto es ampliamente aceptado como una verdad eterna y en cierta manera lo es. La teoría económica es un sistema axiomático, y en tanto y en cuanto los supuestos básicos se mantienen, las conclusiones se siguen de ellos. Pero cuando examinamos los supuestos básicos detenidamente, encontramos que no se refieren al mundo real. Como fue originalmente formulada, la teoría de la competencia perfecta -del equilibrio natural entre la oferta y la demanda- suponía conocimiento perfecto, productos homogéneos y fácilmente divisibles y un gran número de participantes en el mercado, de manera que ninguno pudiera influenciar al precio de mercado. El supuesto del conocimiento perfecto resultó insostenible y fue reemplazado por un ingenioso método. La oferta y la demanda fueron tomadas como dadas independientemente. Esta condición fue presentada como un requisito metodológico, no como un supuesto. Se arguyó que la teoría económica estudia la relación entre la oferta y la demanda y por eso debe tomarlas a ambas como dadas.

Como he mostrado en otra ocasión, la condición de independientemente dadas de la oferta y la demanda, no puede ser reconciliada con la realidad, al menos en lo que a los mercados financieros se refiere, - y los mercados financieros juegan un papel crucial en la asignación de recursos. Los compradores y los vendedores en un mercado financiero buscan descontar un futuro que depende de sus propias decisiones. Las formas de las curvas de oferta y demanda no pueden ser tomadas como dadas, porque ambas incorporan expectativas sobre eventos cuya forma depende de esas mismas expectativas. Este es un doble mecanismo de retroalimentación entre lo que piensan los participantes del mercado y la situación acerca de la cual piensan -- "reflexividad". Ambos son causados por el entendimiento imperfecto de los participantes (reconocimiento que es la base del concepto de sociedad abierta) y la indeterminación del proceso en que estos participan.

Si las curvas de oferta y demanda no son dadas independientemente, cómo se determinan los precios de mercado? Si miramos al comportamiento

de los mercados financieros, encontramos que en lugar de tender hacia el equilibrio, los precios fluctúan continuamente de acuerdo a las expectativas de compradores y vendedores... Hay períodos prolongados en que los precios se alejan de cualquier equilibrio teórico. Si en algún momento muestran una tendencia a regresar, el equilibrio no es el mismo que hubiera sido si el intervalo no hubiera existido. Sin embargo el concepto de equilibrio perdura. Es fácil ver que sin él la economía no podría explicar como se determinan los precios.

En ausencia del equilibrio, la afirmación discutida, a saber, que los mercados libres llevan a una óptima asignación de recursos, pierde su justificación. La supuesta teoría científica que fue utilizada para validarla, resulta ser una estructura axiomática cuyas conclusiones están incluidas en sus supuestos y que no están necesariamente sostenidas por la evidencia empírica. La semejanza con el marxismo, que también reclamó status científico para sus posiciones, es demasiada para no preocuparse.

No quiero decir con esto que la teoría económica ha distorsionado deliberadamente los hechos por motivos políticos. Pero, mientras trataba de imitar los logros de las ciencias naturales (y ganar así prestigio), la teoría económica intentó lo imposible. Las teorías de las ciencias sociales se relacionan con su objeto de una manera reflexiva. Esto significa que pueden influir de alguna manera sobre los eventos, algo que las ciencias naturales no pueden hacer. El famoso principio de incertidumbre de Heisenberg implica que el acto de observación puede influir sobre la conducta de las partículas cuánticas, pero es la observación misma la que crea el efecto, no el principio de incertidumbre. En la esfera social las teorías tienen la capacidad de alterar el objeto al cual se refieren. La teoría económica ha excluido deliberadamente la consideración de la reflexividad. Al hacer esto ha distorsionado su objeto y quedó abierta para ser explotada por la ideología del *laissez faire*.

Lo que permite que la teoría económica sea convertida en una ideología hostil a la sociedad abierta es el supuesto del conocimiento perfecto -en un principio abiertamente proclamado y luego disimulado bajo la forma de un dispositivo metodológico-. Hay un argumento poderoso a favor del mecanismo de mercado, pero no es el que los mercados son perfectos, es que en un mundo dominado por el entendimiento imperfecto, los mercados proveen de un

eficiente mecanismo de retroactividad para evaluar las decisiones de cada uno y corregir los errores.

Cualquiera sea su forma, la suposición del conocimiento perfecto está en contradicción con el concepto de sociedad abierta (que reconoce que nuestro entendimiento de nuestra situación es inherentemente imperfecto). Como este argumento es abstracto, necesito describir formas específicas acerca de cómo las ideas de *laissez faire* pueden resultar un peligro para la sociedad abierta. Me concentraré en tres cuestiones: la estabilidad económica, la justicia social y las relaciones internacionales.

Estabilidad económica

La teoría económica se ha ingeniado para crear un mundo artificial, en el cual las preferencias de los participantes y las oportunidades que estos tienen son independientes unas de otras, y los precios tienden a un equilibrio que balancea ambas fuerzas. Pero en los mercados financieros los precios no son el pasivo reflejo de una oferta y una demanda independientemente dadas, también juegan un papel activo en la configuración de las preferencias y de las oportunidades. Esta interacción reflexiva convierte a los mercados financieros en intrínsecamente inestables. La ideología del *laissez faire* niega la inestabilidad y se opone a cualquier forma de intervención estatal destinada a preservar la estabilidad. La historia ha demostrado que los mercados financieros colapsan, causando depresión económica y malestar social. Los colapsos han llevado al desarrollo de los bancos centrales y a otras formas de regulación. Los ideólogos del *laissez faire* argumentan que son las regulaciones las que producen los colapsos y no los mercados inestables. Hay alguna validez en su argumento, porque si nuestro entendimiento es inherentemente imperfecto, las regulaciones están condenadas a ser defectuosas. Pero su argumento suena vacío, porque fracasa en explicar por qué las regulaciones se pusieron en primer lugar. Deja a un lado la cuestión, usando un argumento diferente, como las regulaciones están condenadas a fallar, los mercados sin regular son perfectos.

El argumento se basa en el supuesto del conocimiento perfecto: si una solución es errónea, su opuesta debe ser correcta. Sin embargo, en ausencia del conocimiento perfecto ambos, las regula-

ciones y los mercados libres, tienen fallas. La estabilidad puede ser preservada solamente mediante un deliberado esfuerzo por preservarla. Aún así, los colapsos ocurrirán, porque las políticas públicas a menudo son erróneas. Si los colapsos son suficientemente severos, podrían dar lugar a regímenes totalitarios.

La inestabilidad se extiende mucho más allá de los mercados financieros: afecta los valores que guían a la gente en sus acciones. La teoría económica toma los valores como dados. En el tiempo en que nació la teoría económica, en la época de Adam Smith, David Ricardo y Alfred Marshall, el tomar a los valores como dados era un supuesto razonable, porque la gente tenía, en verdad, valores firmemente establecidos. El mismo Adam Smith combinó una Filosofía Moral con su teoría económica. Sin embargo, la gente, cuyas preferencias individuales se expresaban a través de su comportamiento en el mercado, se guiaba interiormente por un conjunto de principios morales que se expresaban con su comportamiento fuera del ámbito del mecanismo del mercado. Profundamente arraigados en la tradición, la religión y la cultura, estos principios no eran necesariamente racionales, en el sentido de representar elecciones conscientes entre alternativas disponibles. En verdad, habitualmente no pudieron resistir cuando las alternativas estuvieron disponibles. Los valores del mercado sirvieron para socavar los valores tradicionales.

Entre los valores del mercado y otros sistemas de valores más tradicionales ha existido un conflicto que todavía perdura, que ha levantado fuertes pasiones y antagonismos. A medida que el mecanismo del mercado ha extendido su influencia, la ficción de que la gente actúa sobre la base de una escala de valores dados, formados fuera del mercado, ha resultado cada vez más difícil de mantener. La publicidad, el marketing, hasta el packaging apuntan a modelar las preferencias de la gente más que, como la teoría del *laissez faire* sostiene, meramente a responder a esas preferencias. Insegura de lo que valora, la gente, cada vez más frecuentemente, confía en el dinero como criterio de valor. Lo que es más caro, es considerado mejor. El valor de una obra artística puede ser juzgado por el precio que alcanza. La gente merece respeto y admiración por la fortuna que poseen. Lo que solía ser un medio de intercambio ha usurpado el lugar de los valores fundamentales, revertiendo la relación postu-

lada por la teoría económica. Lo que solían ser profesiones, se han convertido en negocios. El culto del éxito ha reemplazado a la creencia en los principios. La sociedad ha perdido su ancla.

El Darwinismo social

Al tomar las condiciones de la oferta y la demanda como dadas y al declarar a la intervención estatal el peor de los males, la ideología del *laissez faire* ha efectivamente eliminado la posibilidad de la redistribución del ingreso. Estoy de acuerdo con que todos los intentos de redistribución interfieren con la eficiencia del mercado, pero de eso no se sigue que no haya que realizar ningún intento. El argumento del *laissez faire*, se basa en la misma tácita apelación a la perfección que el del comunismo. Proclama que si la redistribución causa ineficiencias y distorsiones, los problemas pueden ser solucionados eliminando la redistribución -así como los comunistas proclamaban que la duplicación que significa la competencia es un desperdicio y por eso deberíamos tener una economía centralmente planificada. Pero la perfección es inalcanzable. La riqueza se acumula en mano de sus dueños, y si no hay un mecanismo de redistribución, las desigualdades pueden volverse intolerables. "El dinero es como el abono, sólo es bueno si está distribuido". Francis Bacon, era un economista profundo.

El argumento del *laissez faire* en contra de la redistribución del ingreso, invoca la doctrina de la supervivencia del más apto. Pero la argumentación queda trunca por el hecho de que la riqueza se transfiere por herencia, y la segunda generación raramente es tan apta como la primera.

En cualquier caso, hay algo equivocado en convertir a la supervivencia del más apto en el principio rector de una sociedad civilizada. Este darwinismo social está basada en una superada teoría de la evolución, tal como la teoría del equilibrio en economía se inspiró en la física Newtoniana. El principio que guía la evolución de las especies es la mutación y la mutación trabaja de una manera mucho más sofisticada. Las especies y su medio ambiente son interactivos, y una especie forma parte del medioambiente de otra. Hay un mecanismo de retroalimentación similar a la reflexividad en la historia, siendo la diferencia que en la historia el mecanismo es impulsado no sólo por la mutación sino

por los errores de concepción. Hago mención a esto, porque el Darwinismo social es uno de esos errores de concepción que impulsa hoy los asuntos humanos. El punto principal que quiero dejar sentado es que la cooperación es tan parte del sistema como la competencia, y que el slogan "supervivencia del más apto" distorsiona este hecho.

Relaciones internacionales

La ideología del *laissez faire* comparte las deficiencias de otra ciencia espuria, la geopolítica. Los estados no tienen principios, únicamente intereses, argumentan los geopolíticos, y esos intereses están determinados por su ubicación geográfica y otros aspectos propios.

Este enfoque determinista está basado en una anticuada visión del método científico, propia del siglo pasado y sufre al menos de dos defectos evidentes, que no son tan aplicables a la doctrina económica del *laissez faire*. Uno es que trata al estado como una indivisible unidad de análisis, como la economía trata al individuo. Hay algo contradictorio en eliminar la intervención del estado en la economía y al mismo tiempo entronizarlo como la fuente fundamental de autoridad en las relaciones internacionales. Pero dejemos pasar eso. Hay un aspecto práctico mucho más inquietante del problema. Qué pasa cuando el estado se desintegra? Los geopolíticos realistas se encuentran totalmente desconcertados.

Eso es lo que pasó cuando la Unión Soviética y Yugoslavia se desintegraron. El otro defecto de la geopolítica es que no reconoce la existencia de un interés común, más allá del interés nacional.

Con el fracaso del comunismo, la situación actual, con sus imperfecciones, puede ser descripta como una sociedad abierta global. No está amenazada desde el exterior, por ideologías totalitarias que busquen la supremacía mundial. La amenaza proviene de su interior, de los tiranos locales que tratan de imponer la dominación interna a través de conflictos externos. También puede provenir de estados democráticos, pero soberanos, al perseguir su propio interés con desprecio de los intereses comunes. La sociedad abierta internacional puede ser el peor enemigo de sí misma.

La Guerra Fría fue una situación extremadamente estable. Dos bloques de poder, que representaban dos conceptos opuestos de organización social, lu-

chaban por la supremacía, pero cada uno tenía que respetar los intereses vitales del otro, porque cada bando era capaz de destruir al otro en una guerra total. Esto puso un límite firme a la extensión de los conflictos; todos los conflictos locales fueron, en su momento, contenidos por el conflicto mayor. Este orden mundial extremadamente estable terminó como resultado de la desintegración interna de una de las superpotencias. No ha surgido un nuevo orden mundial para tomar su lugar. Hemos entrado en un período de desorden.

La ideología del *laissez faire* no nos prepara para afrontar este desafío. No reconoce la necesidad de un orden mundial. Se supone que un orden surgirá si cada estado persigue su propio interés. Pero, guiados por el principio de la supervivencia del más apto, los estados están cada vez más preocupados por su competitividad y no están dispuestos a hacer sacrificios por el bien común.

No es necesario hacer alarmantes predicciones acerca de un eventual colapso de nuestro sistema de comercio global para mostrar que una ideología tipo *laissez faire* es incompatible con el concepto de una sociedad abierta. Sólo es necesario considerar el fracaso del Mundo Libre para extender una mano solidaria, después del colapso del comunismo. El sistema de capitalismo de ladrones que ha ocupado Rusia es tan inicuo, que la gente podría muy bien apoyar a un líder carismático que prometiera un renacimiento nacional a costa de las libertades públicas.

Si hay alguna lección para ser aprendida, es que el colapso de un régimen represivo, no lleva automáticamente al establecimiento de una sociedad abierta. Una sociedad abierta no es meramente la ausencia de la intervención y opresión del estado. Es una estructura complicada, sofisticada y se requiere un esfuerzo deliberado para hacer que exista. Como es mucho más sofisticada que el sistema que reemplaza, una transición rápida requiere asistencia externa. Pero la combinación de ideas estilo *laissez faire*, darwinismo social y realismo geopolítico, que prevaleció tanto en los Estados Unidos como en el Reino Unido, se interpuso en el camino de cualquier esperanza de una sociedad abierta en Rusia. Si los líderes de esos países tuvieran una visión diferente del mundo, podrían haber establecido bases firmes para una sociedad abierta global.

Al momento del colapso soviético, hubo una

oportunidad para hacer que las Naciones Unidas funcionaran como fueron originalmente diseñadas para hacerlo. Mikhail Gorbachev visitó las Naciones Unidas y delineó su visión de dos superpotencias cooperando para traer paz y seguridad al mundo. Desde entonces la oportunidad se desvaneció. Las Naciones Unidas han sido totalmente desacreditadas como una institución útil para mantener la paz. Bosnia le está haciendo a las Naciones Unidas lo que Abisinia hizo con la Liga de las Naciones en 1936.

Nuestra sociedad abierta global carece de las instituciones y de los mecanismos necesarios para su preservación, pero no hay voluntad política de crearlos. Culpa a la actitud predominante, que considera que la busca sin trabas del interés propio traerá consigo eventualmente un equilibrio internacional. Creo que esta confianza es errónea. Creo que el concepto de la sociedad abierta, que necesita instituciones que la protejan, puede darnos una mejor guía para la acción. Como están las cosas, no se necesita demasiada imaginación para darse cuenta de que la sociedad abierta global que existe actualmente, probablemente pruebe ser un fenómeno temporario.

La promesa de la falibilidad

Es más fácil identificar a los enemigos de la sociedad abierta que dar al concepto un significado positivo. Sin embargo, sin ese contenido positivo la sociedad abierta está destinada a ser presa de sus enemigos. Debe existir un interés común que mantenga unida a la comunidad, pero la sociedad abierta no es una comunidad, en el sentido tradicional del término. Es una idea abstracta, un concepto universal. Debemos aceptar que existe una cosa como la comunidad global, existen intereses comunes en un nivel global, tales como la preservación del medio ambiente y la prevención de la guerra. Pero estos intereses son relativamente débiles frente a los intereses especiales. No tienen demasiados intereses en un mundo compuesto de estados soberanos. Más aún la sociedad abierta es un concepto universal que trasciende todos los lazos. Las sociedades derivan su cohesión de los valores compartidos. Estos valores están arraigados en la cultura, en la religión, en la historia y en la tradición. Cuando una sociedad no tiene lazos, dónde pueden encontrarse los valores compartidos? Creo que únicamente

te hay una fuente posible: el concepto mismo de la sociedad abierta.

Para llenar este papel, el concepto de la sociedad abierta necesita ser redefinido. En lugar de haber una dicotomía entre abierta y cerrada, veo a la sociedad abierta como ocupando un término medio, en el que los derechos de los individuos son salvaguardados, pero donde existen valores compartidos que mantienen unida a la sociedad. Este término medio es amenazado desde todos lados. Desde un extremo, las doctrinas comunistas y nacionalistas llevarían a la dominación del estado. En el otro extremo, el capitalismo tipo *laissez faire* llevaría a una gran inestabilidad y a un posible colapso. Hay otras variantes. Lee Kuan Yew, de Singapur, propone lo que llama un modelo asiático que combina la economía de mercado con un estado represor. En muchas partes del mundo el control del estado está tan estrechamente asociado con la creación de riqueza privada que uno podría hablar de un capitalismo de ladrones, o de un “estado gángster”, como una nueva amenaza a la sociedad abierta.

Imagino a la sociedad abierta como una sociedad abierta al progreso. Comenzamos con el reconocimiento de nuestra propia falibilidad, que se extiende no sólo a nuestras construcciones mentales sino también a nuestras instituciones. Lo que es imperfecto puede ser mejorado, por un proceso de prueba y error. La sociedad abierta no sólo permite este proceso, sino que en verdad lo alienta, al insistir en la libertad de expresión y en proteger el disenso. En este aspecto tiene una similitud con el método científico. Pero la ciencia tiene a su disposición criterios objetivos - es decir los hechos por los cuales el proceso puede ser juzgado. Lamentablemente, en los asuntos humanos los hechos no nos proveen de criterios confiables de verdad; sin embargo necesitamos de criterios generalmente aceptados según los cuales el proceso de prueba y error pueda ser juzgado. Todas las culturas y las religiones ofrecen esos criterios, la sociedad abierta no puede existir sin ellos. La innovación en una sociedad abierta es tal que, mientras la mayoría de las culturas y religiones consideran a sus propios valores como absolutos, una sociedad abierta, que es consciente de las numerosas culturas y religiones, debe considerar sus propios valores compartidos como materia de debate y elección. Para hacer el debate posible, es necesario que exista un acuerdo general en al menos un punto: que la sociedad

abierta es una forma deseable de organización social. La gente debe ser libre para pensar y actuar, sujeta únicamente a los límites impuestos por los intereses comunes. Dónde están los límites, también debe ser determinado por prueba y error.

La Declaración de Independencia puede ser tomada como una muy buena aproximación a los principios de una sociedad abierta, pero en lugar de reclamar que esos principios son evidentes en sí mismos, debemos decir que son consistentes con nuestra falibilidad. Podría el reconocimiento de nuestro entendimiento imperfecto servir para establecer a la sociedad abierta como una forma deseable de organización social? Creo que podría, a pesar que existan dificultades formidables en el camino. Debemos elevar la creencia en nuestra propia falibilidad al nivel que normalmente otorgamos a una creencia en la verdad última. Pero si la verdad última es inalcanzable, cómo podemos aceptar nuestra falibilidad como la verdad última?

Esta es aparentemente una paradoja, pero puede ser resuelta. La primera proposición de que nuestro entendimiento es imperfecto es consistente con una segunda proposición: que debemos aceptar la primera proposición como un artículo de fe. La necesidad de artículos de fe surge exactamente porque nuestro entendimiento es imperfecto. Si disfrutáramos del conocimiento perfecto, no habría necesidad de creencias. Pero aceptar esta línea de razonamiento requiere un profundo cambio en el papel que otorgamos a nuestras creencias.

Históricamente, las creencias han servido para justificar reglas específicas de conducta. La falibilidad debe dar lugar a una actitud diferente. Las creencias deben servir para moldear nuestras vidas, no para hacernos acatar un conjunto de reglas dadas. Si reconocemos que nuestras creencias son expresiones de nuestras elecciones, no de la verdad última, es más probable que toleremos otras creencias y que revisemos las nuestras a la luz de nuestras experiencias. Pero no es así como la mayoría de la gente considera a sus creencias. Tienden a identificar sus creencias con la verdad última. Es más esa identificación a menudo sirve para definir su propia identidad. Si su experiencia de vivir en una sociedad abierta, las obliga a abandonar su pretensión de verdad última, experimentan un sentimiento de pérdida.

La idea de que de alguna manera somos la representación de la verdad última, está hondamente

encarnada en nuestro pensamiento. Podemos haber descubierto la verdad y la moral, pero por sobre todas las cosas debemos representarnos a nosotros mismos y a nuestros intereses. Por eso, si existen tales cosas como la verdad y la justicia -y hemos llegado a creer que es así- entonces queremos estar en posesión de ellas. Exigimos verdad de la religión y recientemente, de la ciencia. La creencia en la falibilidad es un pobre sustituto.

Este es un concepto altamente sofisticado, mucho más difícil para trabajar con ella que las creencias más primitivas, como por ejemplo mi país (o mi compañía o mi familia) equivocado o con razón. (*)

Si la idea de nuestra falibilidad es tan difícil de aceptar, qué la hace atractiva? El argumento más poderoso en su favor debe ser buscado en los resultados que produce. Las sociedades abiertas tienden a ser más prósperas, más abiertas a la innovación, y más estimulantes que las sociedades cerradas. Pero hay un peligro en proponer el éxito como la única base para sostener una creencia, porque si mi teoría de la reflexividad es válida, ser exitoso no es idéntico a estar en lo cierto. En las ciencias naturales, las teorías deben estar en lo cierto (en el sentido de que las predicciones y explicaciones que producen se correspondan con los hechos) para que funcionen (en el sentido de producir predicciones y explicaciones útiles). Pero en el ámbito social, lo que es efectivo no es necesariamente idéntico con lo correcto, a causa de la conexión reflexiva entre pensamiento y realidad. Como he insinuado antes, el culto del éxito puede convertirse en una fuente de inestabilidad en una sociedad abierta, porque puede socavar nuestro sentido del bien y del mal. Eso es lo que está ocurriendo actualmente en nuestra sociedad. Nuestro sentido del bien y del mal, está en peligro debido a nuestra preocupación por el éxito, medido en dinero. Todo vale, si uno puede salirse con la suya.

Si el éxito fuera el único criterio, la sociedad abierta perdería contra las ideologías totalitarias - como ha ocurrido en muchas ocasiones-. Es mucho más fácil argumentar por mi interés propio, que pasar por todo el complicado proceso de razonamiento abstracto desde la falibilidad al concepto de la sociedad abierta.

El concepto de la sociedad abierta necesita asentarse sobre bases más sólidas. Debe existir un compromiso con la sociedad abierta porque es la forma

correcta de organización social. Tal compromiso es difícil de alcanzar.

Creo en la sociedad abierta porque nos permite desarrollar nuestro potencial mejor que un sistema social que reclama estar en posesión de la verdad absoluta. Aceptar el carácter inalcanzable de la verdad ofrece una mejor perspectiva para la libertad y la prosperidad que negarlo. Pero reconozco un problema aquí: estoy suficientemente comprometido con la busca de la verdad para encontrar convincente el argumento a favor de la sociedad abierta, pero no estoy seguro si otras personas compartirán mi punto de vista. Dada la conexión reflexiva entre pensamiento y libertad, la verdad no es indispensable para el éxito. Puede ser posible obtener objetivos específicos deformando o negando la verdad, y la gente puede estar más interesada en obtener objetivos específicos que en obtener la verdad. Sólo en el más alto nivel de abstracción, cuando consideramos el sentido de la vida, la verdad tiene la máxima importancia. Hasta el momento, sin embargo, el engaño puede ser preferible a la verdad, porque la vida entraña muerte y la muerte es difícil de aceptar. En verdad, uno puede argumentar que la sociedad abierta es la mejor forma de organización social para obtener lo más posible de la vida, mientras la sociedad cerrada es la forma más adecuada para lograr la aceptación de la muerte. En el análisis final, una creencia en una sociedad abierta es una cuestión de elección, no una necesidad lógica.

Eso no es todo. Si el concepto de sociedad abierta fuera universalmente aceptado, eso aún no sería suficiente para asegurar que la libertad y la prosperidad prevalecerían. La sociedad abierta provee meramente un marco, dentro del cual diferentes opiniones acerca de cuestiones políticas y sociales pueden ser reconciliadas; no ofrece una visión firme de las metas sociales. Si lo hiciera, no sería una sociedad abierta. Esto significa que la gente debe tener otras creencias además de su creencia en la sociedad abierta. Sólo en una sociedad cerrada, el concepto de sociedad abierta provee de una base suficiente para la acción política; en una sociedad abierta no es suficiente ser un demócrata, uno debe ser un demócrata liberal, un socialdemócrata o un demócrata cristiano o alguna otra clase de demócrata. Una creencia compartida en la sociedad abierta es condición necesaria pero no suficiente, para lograr la libertad, la prosperidad y todos los beneficios que

suponemos que la sociedad abierta trae.

Se puede ver que el concepto de sociedad abierta es, aparentemente, una inextinguible fuente de dificultades. Eso es lo que cabe esperar. Después de todo, la sociedad abierta está basada en el reconocimiento de nuestra falibilidad. En verdad, la razón percibe que nuestro ideal de sociedad abierta es inalcanzable. Tener un diseño detallado de la misma sería contradictorio en sí mismo. Esto no significa que no tengamos que trabajar duramente para llegar a ella. También en la ciencia, la verdad última es inalcanzable. Sin embargo miren el progreso que hemos logrado en su busca. Similarmente, la sociedad abierta puede ser alcanzada en menor o mayor medida.

Derivar un programa político y social de un argumento filosófico y epistemológico parece una tarea destinada al fracaso. Sin embargo puede ser realizada. Hay precedentes históricos. El Iluminis-

mo fue una celebración del poder de la razón, y sirvió de inspiración para la declaración de Independencia y para la Declaración de Derechos. La creencia en la razón fue llevada a su extremo por la Revolución Francesa, con desagradables efectos secundarios; sin embargo, fue el comienzo de la modernidad. Tenemos ahora 200 años de experiencia con la Era de la Razón, y como gente razonable deberíamos reconocer que la razón tiene sus limitaciones. El tiempo actual está maduro para desarrollar un marco conceptual basado en nuestra falibilidad. Donde la razón falló, la falibilidad puede todavía tener éxito.

(*) Soros se refiere aquí al título de un ensayo de George Orwell *My country, right or wrong* publicado en 1944, en el diario Tribune, muy popular en todo el mundo de habla inglesa. Al respecto, ver *Selected Essays* by George Orwell, Penguin, Londres, 1990.

Nota biográfica sobre George Soros

La revista Atlantic Monthly siempre ha buscado reflejar las opiniones no sólo de periodistas, académicos, críticos y hombres y mujeres de letras, sino también de todos los involucrados en los asuntos prácticos, como médicos, abogados, juristas, diplomáticos, soldados, políticos y clérigos -para no mencionar a todos los que alimentan la economía global desde el mundo de los negocios-.

En la siguiente edición, George Soros, presenta una defensa de la sociedad abierta, un término cuyo significado puede ser difícil de precisar, a pesar de que representa valores que deberían ser preciosos para las sociedades democráticas de Occidente.

George Soros conoce de primera mano lo que es una sociedad abierta. Nacido en Hungría en 1930, sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial viviendo bajo tierra con su familia judía, en la Budapest dominada por los Nazis- La ocupación de Hungría por los rusos después de la guerra llevó a la instalación de un régimen stalinista, y en 1947, Soros huyó a Londres, donde ingresó en la London School of Economics. Allí recibió la influencia del filósofo Karl Popper, cuyo libro *La Sociedad Abierta y sus Enemigos* ha cincelado profundamente su pensamiento social. Después, Soros continuó su carrera en las finanzas, primero en Londres y después en New York, con resultados extraordinarios.

Soros gastó gran parte de su fortuna durante los años 80 apoyando actividades de derechos cívicos y humanos en Europa Oriental y en todos lados, y sus esfuerzos han crecido luego de la caída del comunismo, en 1989. El año pasado las distintas fundaciones creadas por Soros gastaron casi 350 millones de dólares, principalmente en países que están pasando un momento de transición, es de esperar, a la democracia.

Sus causas no dejan de provocar controversias. Desde hace tiempo, Soros ha apoyado la flexibilización de ciertas leyes contra las drogas, y ha ayudado personalmente a financiar los recientes y exitosos referéndums en California y Arizona, permitiendo el uso de ciertas drogas prohibidas para propósitos médicos. El otoño pasado, Soros, ciudadano estadounidense naturalizado, dio una conferencia de prensa para protestar por la reforma a la ley de bienestar, que restringe principalmente la asistencia pública disponible para inmigrantes legales a Estados Unidos. Soros apoyó su crítica con 50 millones de dólares para crear el Emma Lazarus Fund, que brinda a los inmigrantes legales diversas clases de ayuda práctica, mientras aprenden inglés, para convertirse así en ciudadanos.

Las transiciones a la democracia, parecería, a veces tienen que ocurrir también en las democracias.

Traducción castellana: Rafael Beltramino

El traductor agradece a George Soros y a *The Atlantic Monthly* el permiso para publicar la traducción de "The Capitalistic Threat", y muy especialmente a la Srta. Kathleen Bolick por sus gestiones para conseguirlo.